

La escuela falsa y la princesa falsa

Cuentan la leyenda que allá por las lejanas tierras de la China vivió una dulce princesita. Un día la princesita cayó en un profundo sopor del que no podía despertar. Eran tan suaves sus sábanas y tan mullidos su colchón y sus almohadones que decidió permanecer en esa forma de vida sumergida que son los sueños. El dragón del lugar se puso a vigilar la puerta para que nadie la despertara. Así él protegía también su vida y se libraba de estar encerrado en el parque zoológico comiendo las porquerías que los visitantes se empeñaban en darle.

Un buen día, muchos años después, cuando ya no quedaban príncipes valientes, un campesino contratado para reunir niños y niñas, convenció al dragón para que le dejara entrar a despertarla, con la excusa de enseñarle todas las cosas que, mientras ella dormía, se habían inventado en el mundo: los aviones, los automóviles, los teléfonos sin hilos, las máquinas que juegan solas...

Ella despertó. Cuando vio todos aquellos artilugios sintió miedo de esas máquinas ruidosas, no entendía las palabras que le llegaban a través de los misteriosos aparatos, ni quería renunciar a sus preciosas muñecas de porcelana. Hubo que convencerla para que aceptara olvidar sus antiguos juegos, sus mullidos almohadones, sus suaves sábanas. Para eso la llevaron a la escuela. No pudo protegerla el dragón ni esconderla el valiente campesino. Su familia había desaparecido. No hubo otra posibilidad.

En la escuela ya no pudo ser princesa, ni aprender lo que a ella le gustaba, ni hablar en su lengua materna, ni conseguir entender por qué le habían quitado sus cómodos almohadones, ni saber a dónde había ido a parar el dragón y el campesino mentiroso. Los maestros enseñaban una lengua extranjera. Aprendieron empaquetando, muy bien cerrados, los chocolates que no podían comer. Envasaron los perfumes que no podían usar. Cosían balones con los que no podían jugar, camisetas y zapatillas que no podían lucir. Todo lo mandaban a las tierras lejanas donde se hablaban extrañas lenguas. Allí lo vendían como si fuera chocolate belga, perfume francés, calzado italiano...

Las cosas empezaron a cambiar cuando las princesas volvieron a ponerse de moda. Ya cualquiera podía ser princesa, aunque su sangre fuera roja. Cosas de la moda. Claro que las princesas volvieron a vivir en grandes mansiones, a usar vestidos elegantes y muy caros, a descansar en mullidos almohadones y sábanas de seda, de verdad, no falsas ni fabricadas en China por princesas destronadas. Comían auténtico chocolate belga, calzaban zapatos bien cosidos y pegados en las pocas fábricas que trabajaban en exclusiva para ellas en su propio país. Las nuevas princesas, futuras reinas, empezaron a aprender el chino mandarín para ver si así podían conseguir que volvieran las princesas en China y en todo el mundo, porque al ser más, estarían más seguras, mejor guardadas y nadie querría destronarlas cuando llegaran a reinas.

Lo malo es que esos cambios por los que aparecían más princesas y se hacían aún más exquisitas, no eran buenos para los demás súbditos de los nuevos reinos. Muchísimos niños y niñas no podrían aprender chino. Ni música, ni siquiera inglés. Claro que el inglés se puede aprender cantando las canciones que se pueden oír por todas partes a todas horas. Además pasarían frío en invierno y calor en verano porque los techos de sus escuelas eran falsos techos, y también eran falsas las paredes, y los edificios, claro, también eran falsos. Y sus papás no les podían acompañar al cole andando, ni en coche,

porque estaban trabajando para poder pagar los gastos del cole y las falsas camisetas y los falsos zapatos, y hasta el falso chocolate. Estos niños y niñas eran muchos más que las princesas, pero aprendían muchas menos cosas, comían mucho peor, dormían muchas menos horas porque tardaban mucho tiempo en ir y volver a la escuela. Por eso, como les estaban robando su tiempo de aprender y de jugar, era muy difícil que consiguieran escuelas, viviendas, hospitales como las de las princesas. Si no para ellos, por lo menos para sus hijos y sus hijas, antes de que volvieran a proliferar las princesas en el mundo entero y se quedaran con las mejores viviendas, las mejores escuelas, los mejores hospitales y así no quedara dinero para las niñas y niños del mundo que ahora ya viajan por todas partes y tienen que aprender las lenguas nuevas de los países nuevos a los que llegan andando, en barcas de mala muerte, como pueden.

Pero eso sólo es posible en los países falsos, donde el dinero se gasta en mentiras. Donde los gobernantes también son falsos porque no quieren gobernar sino ayudar a sus amigos que también son falsos amigos, aunque al principio no lo parezcan. Pero se nota que son falsos porque esconden para ellos mismos el dinero que tienen que gastar en hacer buenos colegios, buenos hospitales, buenas viviendas para todos sus vecinos, aunque no sean sus amigos. Y porque dicen mentiras tan gordas que no necesitan ruborizarse para que se les note. Y así dicen que no hay bastantes escuelas para los niños porque no les ha dado tiempo de hacerlas, porque no sabían cuántos niños y niñas iban a ir al cole. Como si los niños y las niñas llovieran del cielo en un día de otoño sin que los espere nadie, ni los vecinos que los han visto nacer y crecer, ni el guardia de la esquina que los ha visto jugar con el balón chino, ni el señor tan serio de la oficina donde cuentan a los que nacen y a los que mueren y sabe muy bien cuántos niños y niñas quieren ir a la escuela.

En los países de verdad, cuando los haya, los príncipes y las princesas serán como todos los demás. Les gustará aprender todo lo que puedan, porque tendrán que trabajar como todos los demás. Por eso irán a las mismas escuelas que todos los demás. Y así ya no se notará que hay príncipes y princesas, ni tendrán que ponerse de acuerdo para que no los destronen, porque allí no habrá tronos. Y el dinero de los tronos se lo gastarán en hacer buenas viviendas, escuelas, hospitales y hasta fábricas para que los niños y niñas no tengan que coser balones y zapatos y camisetas. Y se podrán comprar las cosas que se han fabricado en el pueblo de al lado. Y conocerán otra vez al que lo ha hecho y le podrían felicitar porque lo ha hecho bien o regañarle si lo ha hecho mal para que lo haga mejor.

Eso es lo que pasa ahora, que como las palabras muy serias se usan para decir mentiras, hay que inventar estas fábulas para ver si se puede amar otra vez la verdad y trabajar con ella.

M^a Teresa Molares
Bruselas 17 septiembre 2008